

intereses permanentes de su influencia. Una de estas tradiciones es que los Alpes, que son para ella una muralla, no se conviertan en una fortaleza armada contra su poder. Nuestros antiguos monarcas lo habian comprendido como mas tarde lo comprendieron la República y el Imperio. Poseído de este pensamiento nacional, Enrique IV no hizo mas que preceder á Napoleon. Este gran rey, cuyo talento era tan práctico como caballeresco su corazón, sabia que Italia debir estenderse entre el Austria y la Francia, sin pertenecer á nadie mas que á sí misma: "están tan divididos y son tan poco resueltos, decia hablando de los príncipes italianos, que cada uno de por sí precipitará su servidumbre."—Por consiguiente, la esclavitud de Italia era el objeto al cual se dirigia la casa de Austria con una constancia infatigable como condicion de su engrandecimiento. El obstáculo á la realizacion de este objeto estaba en la voluntad de Enrique IV que nunca habria permitido la dominacion de la casa de Hapsburgo á costa del menoscabo y de la humillacion de la Francia. Reconócese su génio político en el plan que organiza en vista de la lucha que presentia su prevision. Desde luego, él, antiguo jefe de los protestantes, no vacila en sostener la Santa Sede, y comprende perfectamente que, para ser fuerte, la Italia debe unirse al Papa. Reprocha á la República de Venecia su lucha con Roma, interviniendo para lograr una reconciliacion tan esencial á los intereses religiosos como á los políticos. De acuerdo con el Papa Clemente VIII, separan en seguida al duque de Saboya de la casa de Austria, y hace de él su aliado, al propio tiempo que lo convierte en defensor de la nacionalidad Italiana. Con esta alianza asegura á la Francia la libertad de los Alpes, y, en caso de guerra, un magnífico campo de batalla para una lucha ofensiva ó defensiva. Su muerte prematura desbarató este plan en el momento que iba á ponerlo en ejecucion, y á dar á la monarquía francesa una fuerza y un esplendor, de los cuales carecia desde mucho tiempo. La nacionalidad italiana hubiese salido necesariamente victoriosa de este proyecto: perdiendo á Enrique IV lo perdía todo, y esta circunstancia iba á hacerla entrar en un período de dilacion cuyo término solo la Providencia sabia.

En el plan de Enrique IV, el Milanesado pasaba al duque de Saboya, que debía tener el título de Rey de Lombardia; se entregaba la Sicilia á los venecianos, y el reino de Nápoles pasaba al dominio del Papa. Toscana debía recibir algunas plazas importantes; un lazo federativo debía unir y sancionar la existencia de estos diferentes Estados, "á fin, dijo Sully, de que todos estos Estados y príncipes,

estando asociados juntos en comunidad de intereses, gausen en consideracion, sin que, no obstante, por esta confederacion, cambiasen en nada sus posesiones ni sus leyes usuales. . . ."

Así se conservan, á través de la diferencia de los tiempos, los pensamientos cuando representan intereses permanentes y una política nacional y europea á un mismo tiempo.

XIV.

Es muy notable que el pensamiento de Enrique IV, tan bien definido por Sully, se haya vuelto á encontrar en 1857 en el plan de confederacion que fracasó en 1848. Lo que el jefe de la casa de Borbon no tuvo tiempo de llevar á cabo, y lo que fracasó en 1848 por causas generales que, á Dios gracias, han dejado de existir, puede realizarse al presente? ¿Es necesario cambiar las condiciones de existencia política de Italia? ¿Es posible darle una organizacion que esté conforme con su historia, sus costumbres, sus intereses y sus votos? Esta organizacion largo tiempo preparada y formulada ya, ¿hallará obstáculos y corresponderá al objeto que debe proponerse la Europa? Hé aquí los puntos que nos deben aclarar para completar esta reseña.

Antes que todo, ¿es esto necesario?—Después del análisis que acabamos de hacer de la situacion de los Estados italianos, debemos deducir que no hay uno solo entre ellos, así en Roma como en Turin, Nápoles como Florencia, que, cada uno de por sí y por razones diferentes, segun su carácter propio, el papel que le imponen necesidades superiores ó circunstancias especiales, el grado de importancia de que goza y la parte de influencia que está llamado á ejercer en los asuntos generales de Europa; no hay uno, decimos, que no sienta la necesidad de modificar las condiciones de su existencia política. Reconocida esta necesidad, ¿se debe eludir ó aplazar? ¿No es mas prudente tratarla sin rodeos y someterse á ella con esa confianza que inspira el sentimiento de un gran deber?

Pero ¿es posible ahora? ¿Lo es hoy, en las condiciones en que se encuentra Italia, confederarla como la Alemania, y crear de esta manera una fuerza italiana que le dé una vida nacional, que la libre de la necesidad de las ocupaciones militares y de la fatalidad de las revoluciones?

El punto mas delicado es Roma, á causa del carácter misto de este poder donde lo espiritual y lo temporal se en-

cuentran confundidos. ¿Cuál será el efecto de una confederación italiana respecto al Papa? Este efecto, según nuestro parecer, puede reasumirse así: engrandecerá el prestigio y el poder moral del papado, aflojará el lazo demasiado tirante que une el príncipe al Pontífice y que oprime toda la actividad de un pueblo á riesgo de hacerlo romper en el círculo inflexible del poder eclesiástico.

Hoy, como once años atrás, solo se puede concebir una liga italiana cuyo centro sea Roma con el Papa por presidente. La supremacía de Roma sobre las demás ciudades de la Península está sancionada por el tiempo, por la gloria, por la admiración y la piedad de todos los pueblos. La preeminencia del Papa resulta de su título de Pontífice; representa la soberanía eterna de Dios, y este carácter augusto permite que los reyes más grandes se inclinen ante él. El Papa no es un señor, sino un padre.

Turin, Nápoles, Florencia, Milan y Venecia tienen sus recuerdos, su importancia y su grandeza que podrían crear entre ellas derechos iguales y rivalidades justas; pero estos derechos desaparecen ante la ciudad eterna. Ninguna de esas capitales se humilla reconociendo por cabeza de la federación una ciudad que fué la capital del mundo.

Al recibir este acrecentamiento de influencia moral, al encontrarse investido de esta especie de protectorado sobre la Italia, que la cede el respeto de todos los pueblos, el Papa sin rebajarse, puede disminuir su poder temporal y aligerar su responsabilidad política. Puede, sin esponerse, organizar bajo su vigilancia respetable una administración secular, una legislación civil y una magistratura regular é independiente. Todo lo que pierde en privilegios lo gana en importancia. En vez de gobernar un pueblo estacionario, extiende su mano sobre toda la Italia para bendecirla y guiarla: es el jefe irresponsable y venerado de 26 millones de cristianos que clasificados en diferentes Estados, van á parar todos á un centro en el cual se confunden la actividad y la grandeza de Italia.

XV.

Hé aquí lo que pedimos para el Papa: su parte es bella indudablemente. En cuanto á la de los demás Estados, nada dejaría que desear á su ambición ó á su dignidad. La Cerdeña ganaría en ello el verse libre de los compromisos interiores y exteriores; se presentaría en la confederación con el papel importante que representa en Italia y en Euro-

pa. Su ejército, con la experiencia que ha adquirido en los reveses y en las victorias, sería la vanguardia del ejército federal; sus hombres de Estado, sus luces y sus luchas políticas le darían sobre la opinión una influencia que alcanzaría mucho más allá de sus fronteras y que radiaría sobre la Península entera. Finalmente, el rey de Nápoles, el gran duque de Toscana, etc., condenados á reinar bajo la protección del Austria, recobrarían otra vez su independencia y podrían volver á ser príncipes italianos sin temor á las revoluciones.

Ya se comprende que nos proponemos aquí un plan de confederación. El que se había redactado en 1848, y al cual se habían adherido el Papa, y el rey del Piamonte y el gran duque de Toscana, facilitaría todavía más de un elemento útil. Estaba basado, como el pacto alemán, sobre este doble principio fácil de organizar y de conciliar aun con formas diversas de gobierno: solidaridad de todos los estados confederados para la defensa interior y exterior; independencia de cada uno de ellos en el ejercicio de su soberanía particular.

Los Estados italianos confederados significan la Italia pacificada, el papado consolidado y elevado á toda la altura de su misión; significa la Europa libre del peligro real que puede conmovérsele profundamente. El interés general, pues, lleva á esta solución.

Empero hay un obstáculo fuera de Italia y separado del interés europeo: la situación del Austria en Lombardía. Está, por consiguiente, en la lógica de la política Austriaca el oponerse á ella, como se ha opuesto á las reformas, como se opondrá á todo.

¿Qué debe hacerse? ¿Debe inclinarse la frente ante el veto de Viena? ¿Se debe seguir adelante? Para triunfar de esa resistencia y llegar á una solución reclamada por el interés general, ¿hay que apelar á la fuerza ó á la opinión pública? Esta es la última cuestión que tenemos que resolver.

XVI.

Los tratados que ligan las naciones son las leyes internacionales de los pueblos, tratados que solo serían invariables si el mundo fuera estacionario.

Si los tratados que deben proteger la seguridad de Euro-

pa la ponen en peligro, es que han dejado de llenar los fines ó las necesidades que los dictaran. La prudencia política aconseja en tal caso sustituirles otra cosa.

Una potencia que se escude con esos tratados para resistirse á modificaciones reclamadas por el sentimiento general, tiene indudablemente á su favor el derecho escrito, pero tiene tambien en contra el derecho moral y la conciencia universal.

Por consiguiente, si ha demostrado que la situacion de los Estados italianos no solamente es una causa de sufrimiento para este pais, sino de inquietud, de malestar y quizá de revolucion para Europa, en vano se puede invocar la letra de los tratados: esta no podria luchar contra la necesidad de la política y el interés del órden europeo.

¿Qué debe hacerse? ¿Recurrir á la fuerza? La Providencia aleje de nosotros este caso extremo! Debe recurrirse á la opinion.

Cuando se conozca en toda Europa la verdadera situacion de Italia y que todo el mundo esté convencido que existe en medio de los Estados mas ilustrados del globo, en esa tierra donde nació la civilizacion, un foco de inquietud, de desórden y de perturbacion profunda, que podria convertirse tan fácilmente en un núcleo de inteligencia y de noble actividad, entonces la opinion podrá juzgar y resolver quizá como la justicia pacífica del buen derecho.

Para que se encuentre en estado de pronunciar este fallo nos hemos impuesto este trabajo.

No abrigamos sentimiento alguno hostil contra el Austria. El único motivo de desavenencia que puede existir entre ella y la Francia es Italia. Respetamos su situacion en Alemania, la cual nada debe temer de nosotros en el Rhin. La solucion de la cuestion italiana dará por resultado borrar entre Francia y Austria todo motivo de disentiimiento. Estas dos potencias pueden acercarse por medio de muchos intereses comunes, sin contar con que la union de todos los grandes gobiernos de Europa es indispensable para prevenir las complicaciones de lo porvenir. Para hacer mas íntima esta unidad de miras, y para intentar todos los esfuerzos que reclame el bien general, quisiéramos ver desaparecer todas las dificultades actuales y resolver una de las cuestiones mas urgentes y mas considerables del momento.

Gobernar es prever. La mejor manera de asegurar la paz es salir al encuentro de las complicaciones susceptibles de provocar la guerra. En Italia hay peligros y los señalamos: por ese lado hay que conceder garantías á intereses fundamentales; reclamamos esas garantías.

Hay en el mundo causas que no pueden sucumbir: esta es una de ellas, pues ni es egoista ni exclusiva: es la causa de la nacionalidad de un pueblo viviente, del equilibrio de Europa, y quizá la independencia del papado, causa que la Francia ha defendido siempre. Dios reservaria indudablemente una bella parte de gloria humana á los que sostuviesen esta lucha. No nos seduce la gloria; tenemos la suficiente en la historia del papado así como en nuestros acontecimientos contemporáneos para que no deseemos mas. Anhelamos, sí, ardientemente que la diplomacia haga en vísperas de una lucha lo que haria al dia siguiente de la victoria. ¡Que la Europa se una enérgicamente para esta obra de justicia y de paz! La Europa debe estar á nuestro lado como nosotros estaremos siempre en el yugo para defender su honor, su equilibrio y su seguridad.